

NOÉ JITRIK

LA VIBRACIÓN DEL PRESENTE

*Trabajos críticos y ensayos sobre textos
y escritores latinoamericanos*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

el exilio y la forma de vivirlo que le brindó México: posibilidad de ser fiel a las raíces, posibilidad de vivir con intensidad la circunstancia local, posibilidad de recibir nutrientes universales (México ha sido en estos años el país más abierto, de mayor cruce de ideas y de inquietudes, de mayor encuentro de gentes). De todo ello surge la idea de que es posible una inquisición sobre la cultura del continente y, a la vez, de que tal movimiento puede implicar la apertura de una dimensión teórica indispensable para entender y poder seguir produciendo.

Varios de los trabajos aquí reunidos fueron publicados en revistas y escritos desde 1975 hasta 1983. Todos han sido revisados y reescritos en diversa medida con la precaución de no modificar su fisonomía ni su estructura discursiva e ideológica. Desde su punto de partida hasta su aspecto actual, son un producto enteramente mexicano. Al publicarlos en conjunto el autor expresa su agradecimiento tanto a El Colegio de México como a la Universidad Nacional Autónoma de México, instituciones en las que pudo concebirlos y realizarlos. Y, por supuesto, su agradecimiento a México por muchos otros motivos.

SENTIMIENTOS COMPLEJOS SOBRE BORGES*

A César Fernández Moreno

1) NO HABRÁN pasado de dos las veces en que me encontré personalmente con Borges; yo las recuerdo, seguramente él no; la primera fue, creo, en 1948: el Centro de Estudiantes al que yo pertenecía lo invitó a hablar; era en una casa del barrio de Belgrano en el norte de Buenos Aires; se me pierde el tema que trató: conservo, en cambio, la memoria del balbuceo en el que se iniciaba entonces, una timidez que, envuelta en buenas maneras, creaba una distancia; no quedaba más remedio que ser "joven" frente a una homogeneidad de la cual el temblor en la voz, la mirada perdida, el tanteo eran una máscara, una coraza, un sistema de protección; lo que nos unía era un complejo sistema de deslumbramientos (haber leído sus poemas, *Ficciones*, saberlo traductor de Faulkner y de Kafka) y el común antiperonismo, el cual ni era explicitado ni era analizado, estaba ahí, era un supuesto cuyo develamiento podía causar un escándalo. La segunda vez que lo vi fue en Córdoba: custodiado por Carlos Fernández Ordóñez, asediado por Emilio Sosa López, celebrado por personalidades locales, le fui vagamente presentado pero no me surgió decirle nada; en ese bloqueo fui correspondido, me limité a observarlo, estaba casi ciego, su cara iba teniendo ya esa vocación marmórea que se puede advertir en sus fotografías más recientes, su aire de impenetrabilidad en contraposición al desvalimiento, real o fingido, de 1948. Esto ocurrió en 1963.

2) Pude escuchar a Borges en dos ocasiones en todos estos años, entre el público; la primera vez fue, como ya lo he dicho, en una casa; he olvidado el tema, no la entonación; la segunda vez fue en el auditorio, que sentía como enorme, de Radio Nacional de Córdoba, en 1963; la sala estaba llena, Borges habló sobre el *Martín Fierro*; miraba hacia adelante, los ojos entrecerrados o vacíos, parecía sacar sus frases de adentro, como si rezara o como si supiera con absoluta seguridad lo que quería decir; se acercó

* Publicado en *Les Temps Modernes*, núm. 420, París, 1981 y en "Sábado", de *Unomásuno*, núm. 185, México, 23 de mayo de 1981.

a la mesa acompañado por alguien, quizás viera solamente sus pies; no tenía papeles en la mano, escucharlo tenía algo de fascinante porque había que acompañarlo en esa dificultad de elocución que hizo su prestigio; particularmente impresionante fue su manera de decir una sextina, del final de la primera parte, cuando Fierro y Cruz deciden irse entre los indios, repudio y verificación, versos que están sin duda entre lo más hondo de la poesía en lengua española:

Y cuando la habían pasao,
una madrugada clara,
le dijo Cruz que mirara
las últimas poblaciones;
y a Fierro dos lagrimones
le rodaron por la cara.

Su densa manera de decir recogía eso que se reconoce como poesía y lo expandía en la sala; momento culminante, hablaba de una maestría, de una inteligencia, de un cierto plano por el cual se deslizaban "cosas" intelectuales que podían ser recibidas, admitidas; sin embargo, todo lo demás que dijo me resultaba conocido, era lo mismo que había escrito en *Discusión*, en los años 30, en el libro sobre el Martín Fierro, en el prólogo a la *Literatura gauchesca*, que hizo con Adolfo Bioy Casares. Lo mismo que volvería a decir sobre gauchesca en infinitas, agobiantes entrevistas, pero siempre como si fuera por primera vez, invocando esos "lagrimones" como una manera de instalarse en la emoción del otro, como si, púdicamente, quisiera hacer creer en su propia teoría de la emoción, seguramente reducida por la reiteración.

3) Tres veces escribí sobre Borges; la primera fue hacia 1951, en la revista *Centro*, en cuya dirección yo mismo estaba; fueron dos páginas sobre *Otras inquisiciones*: me seguía el deslumbramiento, expresé mi admiración por la matemática de su pensamiento, conjeturé que puede haber una pasión puramente intelectual y que Borges la encarnaba o podía encarnarla; la segunda vez fue hacia 1962, a propósito de *El hacedor*: me empeñé en decir allí —quien lo desee puede buscar esa nota en la revista *Zona*, que hacíamos con César Fernández Moreno, Francisco Urondo y Alberto Vanasco— que Borges se me aparecía como condenado a repetirse, que en ese libro no había nada que no hubiera escrito o dicho y que, para desventaja de ese libro, lo había escrito con más rigor anteriormente; señalé que *Ficciones* era el punto

de llegada pero, al mismo tiempo, que la reiteración auguraba un éxito que hasta *Ficciones* no había conocido; no me equivoqué, pareciera que eso que se llama "reconocimiento, fama", etc., llega en el momento de un agotamiento que no pronuncia su nombre ni se presenta con su propia cara; entretanto me referí a Borges en varios textos que no vale la pena citar: están ahí y él aparece en casi todos como quien dio al solitario y desesperado mensaje de Macedonio Fernández una forma sólida, una transmisibilidad que Macedonio no sólo no había podido alcanzar sino que desdeñaba: Borges como correa de transmisión que toca toda la moderna literatura latinoamericana y, a su través, la revolución macedoniana; por último escribí un texto sobre *Ficciones* que leí en 1968 en Cluny, frente a un público que sin duda lo amaba, lo reverenciaba y encontraba en sus textos una fuente de autoconfirmación; si se piensa que Foucault ya lo había tomado como punto de partida para *Les mots et les choses* y que el llamado "Nouveau roman" lo declaraba y lo declamaba como una fuente de inspiración, una tentativa crítica, aun con las armas que usaban los asistentes al coloquio, no podía caer sino en el silencio: si los franceses nos hacen el favor de venerar una obra latinoamericana no es fácil que acepten una crítica de latinoamericanos a esa misma obra, es decir a su creencia.

No cabe duda de que subsistía en mí una fascinación por su inteligencia y su economía; incluso por su unidad; también de allí me surgió una informada intuición acerca de "lo que Borges vio" cuando empezó a escribir poesía. Vio dos cosas, creo: una, cómo surge eso que ahora llamamos "escritura", o sea el funcionamiento de una autonomía; dos, ciertos núcleos ideológicos que penetran toda su obra ulterior y que se refieren a cuestiones tales como el origen (propio), la nación, la sociedad; por un lado, un fecundo sistema productivo (de la escritura) puesto en acción; por el otro, un obsesivo, idealizado rescate de sustancias que deben haberlo conducido, obsesivamente, a una difusa metafísica que podría, en su caso, tener como correlato una actitud conservadora, de cielo fijo, en el que las cosas (los valores) no pueden cambiar de lugar.

¿Hay contradicción entre las dos líneas? Quizás sí en la medida en que vemos a la una como radicalmente fecunda y la otra como negativa desde cierta perspectiva humana, revolucionaria, crítica; pero tal vez se puedan ver las cosas de otro modo, no tan maniqueo, puesto que no hay garantías de nada en materia de pun-

to de vista o de creencia, sobre todo si no se formulan desde un poder; por de pronto, la contradicción podría tener otro asiento, a saber, que si lo cerrado es el rasgo predominante de una actitud política conservadora lo cerrado puede ser, en la escritura, la cifra o la clave de la riqueza: supongo que existe una tendencia a considerar la fecundidad de una escritura como basada en su apertura, su permeabilidad, su capacidad de manifestar de inmediato lo pulsional; conjeturo, igualmente, que tal vez una escritura rígida, asediada por la estructuración, cerrada, posea sin embargo la virtud de iluminar un camino, tal vez aquello que reprime atravesase, por eso mismo, como lo reprimido lo sabe hacer, la piel de la frase perfecta y tal vez sea ese juego entre pulsiones y represiones la clave de la fecundidad, lo que hace pensar o desear. Al revés, esto nos autorizaría a conjurar la contradicción pensando que el mismo esquema podría valer para lo político que podría ser visto, así, como sistema de control de algo que desborda; correlativamente, esto no impide que, negando a la escritura capacidad de trascender sus caracteres externos, se pueda establecer concomitancias entre la búsqueda de cierre y de perfección y los requisitos, de congelamiento, propios de un pensamiento político conservador. Hay diferencia, desde luego, entre un campo y otro: si, como pretendo proponerlo, una escritura puede ser rica a pesar de ser cerrada porque la lucha entre pulsiones y cierres o límites resulta iluminadora, en el discurso político la clausura de las pulsiones o, si esto es demasiado, del deseo o de lo imaginario, exalta lo reprimido que, metonímicamente, define todo el campo, consagra un bloqueo. Lo que vivimos como contradictorio, entonces, tomaría forma en la oposición que reconocemos entre los efectos de su escritura y los efectos de su pensamiento conservador; me reservo el derecho de no anular la posibilidad, en cambio, de que no haya contradicción, por lo menos en lo superficial, dentro de lo que lo superficial vale, entre ciertos rasgos de su escritura y ciertos rasgos de su pensamiento conservador, aunque no me engañó, tampoco, acerca de los riesgos de mecanicismo que pueden acechar en la persecución de esa analogía en detrimento del análisis de la diferencia de alcance entre ambos discursos. ¿No se podría decir más o menos lo mismo acerca de sus admirados Péguy y Bloy o Chesterton? ¿No serán ellos, con su conflicto, un modelo más perturbador que otros, más frecuentemente invocados?

4) Con Borges nos cruzamos varias veces en lugares públicos; el día mismo en que me embarcaba por primera vez a Europa, marzo de 1953, él iba para el oeste en la calle Florida y yo para el este; como quizás no sea necesario declararlo yo reparé en él, él no en mí; sentí, debo confesarlo, que me despedía de Buenos Aires, tan vacilante en su desplazamiento como Borges, que seguía recorriendo infatigable, vacilante, la ciudad; cuando llegué de Europa, en octubre de 1954, al día siguiente nomás, me crucé con Borges en la calle Florida, yo iba hacia el oeste, él en sentido contrario: ¿recepción que me hacía la ciudad? Tan silenciosa como lo fue la despedida, en todo caso algo simbólica, como si Borges tuviera que ver si no con mi destino al menos con mis desplazamientos importantes; como decidí no ir más a Europa mis cruces con Borges por la calle Florida se hicieron más frecuentes y menos significantes; bastaba no negarse a caminar por Florida, bastaba, después del 55, pasear a veces por el barrio Sur. No obstante mis decisiones, los viajes recomenzaron a partir del 58; en el 67, empujado por el golpe militar de Onganía, tres o cuatro días después de la muerte del *Che Guevara*, tomé otro vapor: igualmente, casi necesariamente, vi a Borges por la calle el día mismo de mi partida, más titubeante, acompañado, llevado del brazo. Recientemente contaba todos estos cruces, de los que algún lector de Henry James podría extraer alguna atmósfera o al menos la tela para una explicación, a Luis Dávila y a Merle Simmons, en una cafetería del campus de Bloomington, Indiana; me divertí mostrándoles que un escritor puede estar físicamente en nuestra vida sin que haya ni siquiera un cambio de palabras, inútil por otra parte; terminamos el café, tomamos el ascensor y, de pronto, al abrirse las puertas de salida, Borges que iba de entrada; nos miramos con Dávila, creo que él comprendió el sentido de estos cruces; al retirarme de esa ciudad, que nunca pensé que pudiera ser mía, en la que Hoagy Carmichel compusiera "Star dust" una noche de decepción y en una casa que hoy se llama "García's Pizza", Borges salía en sentido contrario, el rostro ya pétreo, la boca llena, apoyado en un bastón y en el brazo de una muchacha que parece japonesa, María Kodama dicen que se llama; en el coche, yéndome, última imagen de Borges por una avenida arbolada, alejándose con la espalda todavía erguida, como definiendo de una vez para siempre un sistema de relaciones, persiguiendo, él obstinadamente, el secreto de unas calles que han de serle irremisiblemente desconocidas, aparte de los árboles que no vería,

de un cielo primaveral acaso semejante al de las pampas pero trabajado de otra manera, diferente por lo tanto.

5) En 1974, en septiembre, tomé un avión para venir a México; desde entonces no regresé a la Argentina: supe que eso ocurriría; durante el vuelo leí el libro de Roa Bastos, *Yo, El Supremo* y una larga entrevista, publicada por *La Nación*, que Eduardo Gudiño Kieffer le hacía a Borges; con el libro sufrí, con la entrevista me divertí: Borges hacía trizas todos los intentos de Gudiño para encaminarlo al "bien"; Gudiño decía, si no recuerdo mal: "El *Che Guevara*, héroe latinoamericano" y Borges acotaba, distraídamente: "Guevara, Guevara: es un apellido mendocino, ¿no es cierto?" La manera de decir de Gudiño pretendía bloquear, la respuesta de Borges denunciaba dos cosas: que Gudiño quería bloquear mediante supuestos quizás no compartidos, que Gudiño mismo no creía demasiado en lo que daba por supuesto sino que lo utilizaba y se valía de ello; vistas las cosas de este modo, Borges aparecía más crítico, más dinámico que Gudiño, puesto en evidencia como alguien que amparándose en una "verdad" sostenida por mucha gente en realidad estaba queriendo obligar, forzar, domar, exorcizar una notoria actitud agnóstica; Gudiño desconcertado otra vez porque, para Borges, nuevamente, "no había nada sagrado". Años después volví a tener la misma sensación al mirar unos diálogos entre Borges y Sábato que una editorial argentina creyó indispensable dar a luz; Sábato corre con el gasto de los grandes temas; Borges gruñe de cuando en cuando una especie de "así ha de ser nomás" y no se toma el trabajo de destruir las arduas y pretenciosas —filosóficas— articulaciones de Sábato, acaso "para no quedar como un desatento", como dirían los criollos, en cuyo desdén Borges nutre su conocido estilo denigratorio. Me está pareciendo que esto es constante; la gente no se resigna a que la conocida frase de Gide sea verdadera: con los buenos sentimientos se hace mala literatura, aunque lo contrario tampoco esté cabalmente probado; muchos creen que porque Borges escribe bien, sin preguntarse demasiado qué es eso de escribir bien, de alguna manera, en alguna recóndita parte, debe poseer buenos sentimientos, verdad que tratarán benévola-mente de poner de manifiesto, así se encuentren con los obstáculos que pone el mismo Borges; cuando esta manía de Borges por no querer ser "bueno" llega a lo político, se produce el escándalo, se generaliza el sufrimiento, cómo puede decir eso, tan gran es-

critor y tan reaccionario, debe estar bajo la influencia de alguien, en una época era un tal Di Giovanni, creo, que venía a ser su López Rega, en un paralelismo gerontológico con Perón que a muchos les causó gran placer.

6) Naturalmente, además de los que lo quieren sacar "bueno", están los que lo cuestionan directamente: de algunos se sospecha que lo hacen, además de la voluntad de destruir un mito pernicioso, con la menos confesada intención de conseguir un poco de esa esquiva gloria que a Borges en este momento le sobra: alimentos de la sombra que proporciona, así sea negándolo, un árbol grande. ¿Quedo a salvo, en mi anonimato, de tal sospecha? Él deja que los reproches broten y luego, con una frase, los derriba: "¿leyó el libro titulado *Borges político* que salió en México?" "Pronto van a escribir uno que se llame *Borges ciclista*" responde de costado, dejando sin palabras ya al que pregunta y sobre todo al libro en cuestión; no sólo pone de relieve la fatuidad de quienes lo viven como "fenómeno de una época" sin tomarse el trabajo de entrar en la complejidad de un "fenómeno de una época" sino que demuestra, simplemente —lo que tiene una fuerza arrolladora— que él no comparte ciertos supuestos ni, menos todavía, los sistemas críticos que dimanan de dichos supuestos.

Se me aparece, en ese sentido, como una especie de darwiniano, por añadidura autista, nadie la pega con él, nadie acierta en lo que le pasa o en lo que piensa y a nadie da el gusto, salvo que de entrada se le dé satisfacción, se le haga abrir el flujo de su discurso sin obstruirlo ni con un enfoque diferente ni con una pulsión destructiva: en ese aspecto parece un niño, egoísta, malcriado, sigue siendo el Georgie en el cual el malhumor tiene, genialmente, el sustituto de una inteligencia sin desfallecimiento en la réplica.

Tal vez desde este fundamento se puedan entender las cosas por lo general chocantes que declara y que luego rectifica como si nada y aun las alusiones que presenta como absolutos sin que eso impida una relativización ulterior: no sé qué dijo (o mejor dicho, sí sé) acerca de la inferioridad de los negros que luego negó, no sé qué afirmó sobre el "mero español" que luego negó, sé cómo felicitó a Pinochet y a Videla y hoy sostiene que es insostenible que haya muertos y desaparecidos en la Argentina, en un momento dijo que Alfonso Reyes era el mayor prosista de la len-

gua española y posteriormente lo redujo a "uno de los mejores" y así, en esa línea, *ad infinitum*, desconcertando siempre a los que persiguen coherencia y a los que creen que el mundo entra en convulsiones si alguien se permite la provocación o una empresa de fastidio del prójimo; en todos los casos lo que busca es molestar al interlocutor, frustrarlo en sus expectativas, es como si retuviera, intelectualmente hablando, un líquido seminal, como si estuviera incrustado en una teoría del chiste bergsoniana o por ahí freudiana o como si se considerara a sí mismo un campo en el que se ejemplificaría, sin declararlo ni asumirlo, la teoría laciana del deseo.

Podría afirmarse, entonces, que en realidad no le importan ni los negros, ni los indios, ni los desaparecidos, ni Alfonso Reyes, ni siquiera los peronistas respecto de los cuales ha engendrado un caudal de frases, ni los futbolistas; lo que sí le importa, en cambio, con toda parsimonia, es o sería la manera en que puede canalizar algo que para abreviar podríamos designar como su "cinismo", a costa de quien o de lo que sea, manipulando a ese "quien o lo que sea" pero para desbaratar a su interlocutor al mismo tiempo que recibe confirmación sobre su actitud, su enfoque o su manera, no para desbaratar a ese "quien o lo que sea", aprovechando del "objeto subjetivado" para destruir al "sujeto objetivado". Estoy pensando, matizando, que si hay una verdad en Borges es la del cínico, ni siquiera la del cinismo que tendría un alcance general, sistemático; su verdad, en cambio y en última instancia, tiene el subyugante interés de su carácter intuitivo, capaz de despremiar toda fundamentación; pero no es sólo eso: como todo cínico, posee la virtud de fragmentar, de romper la aparente totalización con que se presente el obstáculo y, a partir de ahí, presenta un modelo del mundo que tiene, precisamente, ese interés.

¿Es lo que vio Foucault en su descripción del bestiario del Emperador de China? Y si su modulación de cínico se pone, para mí, de manifiesto en su aparato de refutación o en su sistema defensivo, en el ámbito de su circulación ideológica, creo que penetra también en su textualidad y lo lleva, al menos, al universo de enumeraciones y de superposiciones con que ha articulado desde hace tiempo sus ficciones. Tomemos a Foucault: es probable que su manera de aceptar el modelo fragmentario de Borges no implique una adhesión de tipo finalista en la medida en que los intereses de Foucault configuran un sistema crítico del proceso de producción de lo real o del discurso de lo real; ¿entonces qué y

por qué? Tal vez porque Borges, como me lo sugiere Juan Carlos Marín, hace de "operador", desencadena procesos en el otro, obliga a revisar cuando no sugiere caminos de diferenciación necesaria pero fecunda: al fatuo, lo dije, lo aniquila, al prejuicioso lo suspende pero al filósofo, tal vez, lo estimula lo mismo que al poeta, sin que el filósofo o el poeta tengan por qué borgianizarse; Borges los hace, por despecho, por sarcasmo, trabajar.

7) ¿Es denigratoria la palabra "cínico"? Ante todo es útil aunque no exhibamos todos los elementos del paradigma: la uso paradigmáticamente, hay una historia de los cínicos que tiene, como se sabe, instantes de gran radicalismo; Borges estaría en el medio, seguramente hay cosas en las que cree, el rigor de la frase, la voluntad de mostrar la fragmentación de lo real, los recuerdos de familia y la historia patria, lo mismo que las convicciones liberales, todo lo cual lo hace un cínico atenuado y por eso, quizás, triunfante: discutible como ideólogo, en la medida en que se trata tan sólo de creencias personales con las que se puede muy bien no coincidir, utiliza el cinismo como instrumento y, en esa parcelación, halla la clave de su eficacia, justamente porque no impone nada personal al mismo tiempo que destruye lo personal del otro; de la historia de los cínicos ha extraído un elemento que explica su triunfo: quedarse con la última palabra, lo que implica, previamente, haber creado las condiciones como para que se le solicite una palabra y haberse astutamente tomado el tiempo para que su palabra aparezca como la última; este mecanicismo, como en casi todos los cínicos, da cuenta de una genialidad y explica por qué, en general, salvo Diógenes (y hasta cierto punto) los cínicos son ganadores.

Pero no despreciemos las similitudes: si a Diógenes Alejandro le tapa el sol, a Borges los Gudiño, los Sábato y tantos otros le tapan el sonido, el aire, tiende a apartarlos, el sarcasmo, la alusión, la imagen hacen de imaginaria escoba o, glosando a Quevedo, de "aguja de marear tontos". Pero subsiste el enigma de su eficacia, sobre todo porque le dura tanto y porque, de alguna manera, sigue actuando aun cuando él ya no diga nada, aunque todavía dice: hay una nube de transmisores de sus ironías, de reproductores de sus cartas de triunfo que lo citan engolosinados, dispuestos a contribuir a su gloria; pienso que es, justamente, la eficacia lo que deslumbra y seduce, más que la creación verbal en la que se apoya; lo sorprendente es que, en un mundo que

tiende a uniformizar la expresión, Borges, espontáneamente un conceptista, haya logrado convertirse en un mito casi popular, al menos de numerosas y grandes minorías: la eficacia es la medida y la explicación, aunque todavía no sepamos por qué la logra con tanta continuidad, por qué suscita la envidia, la emulación, la fantasía de la identificación; y otra virtud aún: hace pensar que por debajo "hay algo importante" que funda la eficacia y que basta con afirmar. Creo que si los estructuralistas en general lo estimaron hasta la reverencia fue a través de una hipótesis semejante, aunque no se descarta que le encontraran un sabor superior al sabor medio de la tradición tranquilizante y francesa: eficacia en la construcción, por ejemplo, objeto estructural y estructuralizable casi por derecho epistemológico propio; como el estructuralismo ya pasó, porque llegó a sus límites, no necesariamente porque estaba fundado en una miseria conceptual absoluta, se siente que si el tema vale la pena, para saber algo más sobre él sería necesario poner en acción una actitud más semiótica, destinada, en el mejor de los casos, a mostrar la conducta del significante que actúa más allá de la eficacia, que sostiene en todos y cada cual un interés todavía actuante de su escritura y que él se empeña en tapar o borrar mediante, justamente, su astucia. Digamos que si, como quiere Ricardo Piglia, su escritura es "anticapitalista", nota que permitiría entender su escritura y lo que ella opera en niveles plurales, no sería eso lo que Borges reivindica sino, por un lado, un procapitalismo conformista (lo que tiene poca importancia) y, por el otro, una teoría de la perfección en la que estaría radicado todo el valor.

8) No sólo no cabe duda sino que es un lugar común que Borges "sabe" de literatura; de pronto su saber es apócrifo, lo que no le quita para nada sabiduría en la medida en que el apócrifo es una construcción cuyas piedras existen, son reales y son muchas; el manejo de ese saber es admirablemente natural, aunque deje afuera a los que no "saben"; de alguna manera se presenta como "lujo del saber", que sería algo así como lo más decantado de una tesaurización que ya no necesita exhibirse: Borges es lo contrario, en ese sentido, de un erudito. Pero tiene algo más todavía: no le preocupa asumir ese lujo, esa riqueza, no le preocupa ni le inquieta mostrarse como escritor, dice ser poeta y cree poder hallar en la materia del discurso poético temas para discurrir públicamente, o en público mejor dicho, sin avergonzarse; finge que

todos los que lo escuchan o leen están interesados por las mismas cosas y, a fuerza de persistir, los que lo leen y escuchan terminan por aceptar que están interesados por las mismas cosas; se opone, en ese sentido —o se destaca—, a la actitud generalizadamente culpógena de escritores y poetas que por un lado se ocultan como tales y, por el otro, están permanentemente tratando de disculparse por escribir, un gusto equívoco y turbio, un apartamiento de lo real que, según muchos, sólo puede hacerse tolerar si admite su marginalidad; Borges no, ni se "compromete" ni cree que hablar de Lugones sea más trivial que hablar de Perón; en esa asunción des-vergonzada hay, naturalmente, un enfrentamiento, posiblemente el más fecundo y compartible. También hay una tentación: imaginar esta actitud como anacrónica; si se piensa bien podría ser entendida como corriente en el siglo XVIII y en otra parte, no en la Argentina y en el XX. No pienso, por otra parte, que no sea consciente del anacronismo y de sus consecuencias: me parece que está presente en su *Poema conjetural*, como oposición historizada entre las letras y las armas, fórmula que hasta cierto punto, en un nivel, recoge la tradición de Civilización y Barbarie; hasta cierto punto, referido a un universo paleotécnico que todavía subsistiría en lo político, por ejemplo, pero más allá en la medida en que la "defensa del oficio" implicaría la reivindicación de un sistema de producción que el "sistema de producción" en curso tiende a hacer crecer en insignificancia. Sin embargo, su "saber literario", núcleo que me queda sin elaborar, tiene algo de claustral y por responsabilidad suya: hace todo lo posible para aparecer encerrado en su saber, pareciera que no le importa aprender ni, tampoco, manifiesta ninguna inquietud acerca de cómo ese saber, tanto el suyo como el de otros, puede organizarse más allá de su pura afirmación que, a su vez, el desplante realza y disfraza: dicho de otro modo, tal vez está excluyendo de su saber algo esencial, un proceso concebido mediante el sistema de riesgos que lo amenazan y lo constituyen al mismo tiempo.

9) Tengo la impresión de que los rasgos apuntados en los puntos precedentes, su manera de "saber", su cinismo, la forma del niño que se continúa, la seducción de la eficacia, una "verdad" que está más allá y que los demás deben descubrir, conducen a alguna parte, se traducen en algo que aparecería como un objeto de cultivo temático; tengo la impresión de que el lugar al que conducen es la biblioteca paterna, reducto mismo del niño y del saber, ám-

bito, a la vez, de un orgullo sin réplica y de una afirmación sin contradictores. No es que ahí haya nacido todo: ahí se está todavía y lo demás, la imaginación, es una proliferación, reducida, de sustitutos que convocan y ocultan y se presentan tan sólo como temas nada más que predilectos pero en realidad son algo más, son figuras internas obsesivas y, en la medida en que insistir en ellas no las anula, son figuras sumamente irritadas lo que, correlativamente, dibuja el esquema de un deseo que la exactitud de la forma no logra reprimir.

10) A mediados de 1974 me indigné con Borges; pocos lo supieron pues no me pareció necesario exteriorizar la delicada trama de esa indignación. Fue a propósito de Macedonio Fernández: sostuvo que había sido un extraordinario hablador (que decía una o dos frases —memorables— por noche, nada más), no un buen escritor; tema fácil para él, no necesitó corregirlo en una entrevista que se publicó en México en 1980 y que le hizo mi amiga María Teresa Marzilla: no hay multitudes que se apasionen por la diferencia entre hablar y escribir. Entonces daba ejemplos que me hacían pensar seriamente en la solidez de sus ideas sobre escritura; según Borges (cito de memoria, modifíco) “repeticiones y palabras abstractas *afeaban* su prosa” (s.p.m.); surgía potente, inequívoca, la figura de Lugones como hombre silencioso y retraído pero de “saber escribir”. Dos modelos, dos caminos pero en Borges —eso fue lo que me indignó— una sola ingratitud, una corrección staliniana de la historia pues se sabe que Macedonio *le abrió el camino* no sólo para atacar, entre el 20 y el 30, a Lugones sino también para escribir: por lo que de revolucionario le enseñó ese viejo —era revolucionario enseñarle la ruptura, la fulguración de lo instantáneo, el chiste, el descreimiento de la verosimilitud— pudo combatir a Lugones, Macedonio era el padre autorizante pero la autorización tenía el sentido de una desestructuración, colmaría el deseo menos confesable pero más profundo de un muchacho talentoso, lleno de pasión por las cosas escritas; al final del camino invierte las cifras, destituye la presencia fecunda minimizándola, restituye la presencia opresora engrandeciéndola: ¿largo proceso a través del cual lo que combatía como opresión se ha ido integrando en él, constituyéndolo a su vez? Sorprendente porque el paradigma Lugones no ha llegado a regir totalmente su escritura o, mejor dicho, él trataría contradictoriamente de que la rigiera pero no lo logra todavía, su escritura

sigue siendo, en los textos escritos hace tiempo y en algunos de los actuales, un lugar de choque, una lucha con armas lugonianas para sofocar la libido macedoniana que aparece así neutralizada pero no muerta, engendrando sin embargo sus efectos. Hay momentos, desde luego, ni siquiera Borges es completamente homogéneo: su esfuerzo y su estima van, por ejemplo —y para tomar lo más externo— hacia la armonía en la frase, no hacia el deslumbramiento por la crispación de la ruptura (a lo que denomina *afear*), elige la sólida pesadez del significado en la medida en que afina un “querer decir” preciso, mínimamente librado a la ambigüedad y rechaza la nerviosa, inasible, imprevisible libertad del significante, le ha vuelto a ver el sentido a las convenciones y ha desechado, con argumentos de mero sentido común, la perspectiva de actos verbales que vienen de y producen luego transformaciones, lo imprevisible; lo imprevisible es cada vez más en él una situación insólita, pensada y, por lo tanto, puesta en la balanza de lo previsible que restaura su dominio. De este modo, recupera el verso medido, la rima, los cuentos son variaciones articuladas, como si se tratara de un conjunto cuyas partes basta con variar, de los mismos tópicos, leo con tedio algo sobre tigres; pero, de pronto, un poema que se titula “Hoy” y cuya construcción produce alegría, es libre, está corregido por indicaciones de un poeta, Rodolfo Braceli, que lo ayuda a escribirlo en la máquina; súbitamente, cuando ya no se esperaba, se desolemniza, deja salir un amor por las palabras y un afecto por las imágenes que se convierte en afecto por su interlocutor, del mismo modo que declara, que los “desaparecidos en la Argentina es un hecho insoportable”.

Hasta hace poco Lugones triunfaba en él: ¿frente a la amenaza de un nuevo retorno del odiado peronismo un intento de defenderse del mundo exterior mediante la invocación al padre duro e impenetrable para ser como él, así de invulnerable? Ahora, un vaivén, vuelve a reírse de Lugones, quizás el mundo —bajo la firme dirección de los generales— ha vuelto a ser seguro y ya no es necesario endurecerse, lo cual sería de todos modos coyuntural. Pero hay algo permanente: Macedonio venía siendo derrotado pero, como entre latinos y griegos, lo que verdaderamente importa en Borges es lo que proviene del derrotado, no del triunfador.

Tal vez ese juego de reconocimientos y desconocimientos, de ambas figuras, permite entender un poco más lo político: acaso

sus opciones políticas ("la democracia, esa superstición") tienen un dibujo similar y no porque Macedonio haya sido un demócrata (era un anarquista) ni Lugones haya terminado en un fascismo solitario, irreductible y desesperanzado; es que la existencia de la pasión implica un terror correlativo por la pasión, la fascinación del desborde propone un correlativo terror al desborde, el espectáculo del dolor provoca un elogio trivial de la felicidad, la imagen deslumbrante del futuro (como él mismo lo vio en Sarmiento) engendra una pesada elección, triste, por el presente.

De todos modos, figuraciones, fantasías, acaso una credulidad excesiva en las posibilidades de lo real, una ingenuidad anarquista porque ¿cuándo se vislumbró ese futuro ennegecedor?, ¿cuándo no fue posible conjugar el dolor ajeno con el erotismo propio? Y ya que se citó a Sarmiento, acaso ese juego de fuerzas que lo lleva a autorizar el autoritarismo —pero en cuya manifestación siempre algo del otro se conmueve: "la democracia, esa superstición", frase que escandaliza a muchos izquierdistas, ¿no habría podido ser pronunciada, en otro contexto desde luego, por Trotsky?— sea un rasgo de liberalismo patricio argentino más que de fascismo, intelectual o criollo: ser tolerante con el futuro a condición de que no se conmueva el presente, ser receptivo del movimiento de los pueblos a condición de que no se conmuevan ciertos núcleos que costó configurar o que definen la raíz del alma; es quizás eso el liberalismo que llamo patricio porque es histórico, el elemento central, lo que hay que defender; y si lo que podría disolverlo, el anarquismo macedoniano, se ha metido en uno, pues a desarraigarlo; por eso la reducción de Macedonio y la exaltación de Lugones, por eso la paulatina renuncia al concepto de la "escritura" que había ido, de una manera u otra, forjando, en la línea destrucción-construcción que entrevió genialmente Macedonio; quizás, aún, sobre esta fidelidad —que a partir sin duda de 1945 sufre graves embates— se entienda su manía de corrección de sus textos más antiguos: obsesiva búsqueda de acuerdo entre forma y contenido, entre significado y significante, obsesiva en la medida en que el desacuerdo subsistente en esos textos podría hacer sentir que un desorden intolerable permanece en uno, instauración de lo irracional que el liberalismo no puede soportar porque el destino —de la clase— se torna ininteligible en el peligroso libro de la historia.

Y, finalmente, si el elenco de sus temas es reducido, para neutralizar el peligro de la desaparición no cabe sino reiterarlo,

insistir: el origen de la familia, el destino de la clase, el arraigo de la propiedad, constituirían por lo tanto el telón de fondo de la insistencia, tendiente a conjurar el riesgo de una modificación; serían el elenco homólogo de un universo siempre igual, siempre corregido en pro de la perfección, siempre afirmado y, como es previsible, siempre amenazado.

11) En estos momentos, lo que se ha escrito sobre Borges asciende a centenares de trabajos, artículos, estudios, notas, tesis, libros; no hay día, casi, en que no aparezca alguna entrevista o algún comentario, al menos en esta zona; ni que hablar en Buenos Aires donde, según se comenta, no hay otra cosa. En estos días, sin ir más lejos (5 al 12 de mayo de 1980) he leído una entrevista a Borges y dos (a Rodríguez Monegal y a Piglia) sobre Borges en *Sábado*, otra hecha por Rodolfo Braceli y publicada en Mendoza, Argentina, una diatriba de Andrés Henestrosa en *Excelsior* y, quizás, hasta el hartazgo, más y más entrevistas, alusiones, ataques, posibilidades, declaraciones (como la que hizo sobre "desaparecidos" y que, como era de esperarse es, a su vez, glosada, analizada, "cómo será la cosa que hasta Borges la condena").

Hartazgo, pero siempre hay algo, curioso, extraño, como por ejemplo lo que recuerda Henestrosa: Billy the Kid (en el cuento de *Historia Universal de la Infamia*) mató a equis cantidad de personas, "sin contar mexicanos"; Henestrosa considera injuriosa esa generalización y traspassa a Borges el *animus injuriandi*: vertiginoso, nunca se nos hubiera ocurrido que eso podría ser tomado como un agravio.

Sea como fuere, ya sería muy difícil confeccionar una bibliografía "completa", verdaderamente completa sobre Borges; esta profusión privilegia a los trabajos más antiguos que, por eso, no han de ser omitidos en cualquier mención que pretenda asumir eso que, pintorescamente, se denomina la "bibliografía", palabra que implica la esperanza de un respaldo, de una responsabilidad. Recordemos a Etienne, a Adolfo Prieto, a Macherey, a Sucre, a Rodríguez Monegal, etc., etc. Algo conozco de eso y de lo demás, que sería fastidioso citar: todos dicen algo, naturalmente, existe un discurso sobre Borges sobrepuesto al discurso de Borges, dotado de historicidad, sensible, en sus momentos, a supuestos metodológicos, atravesando capas y capas de discusiones teóricas. A veces hay mimetismo, como querría Yurkievich, a veces hay distanciamiento, como lo desearía Viñas. Lo único que se puede hacer con

esa masa es clasificarla, remedando al Borges que ilustró a Foucault, con la misma arbitrariedad metafórica pero, esta vez, poniendo el acento en los alcances de los trabajos, con una pretensión más axiológica que de exactitud descriptiva, aún a través de la arbitrariedad.

- a) Incluimos aquí los escritos que exaltan la persona del autor Borges, considerándola feliz fuente de una obra indiscutible.
- b) Aquí se ponen los trabajos que exaltan la obra y se consagran a comentarla mediante glosas de sus tópicos más famosos, el laberinto, el tigre, el tiempo circular, el coraje, todos por lo general temáticos.
- c) En menor cantidad, hay trabajos que se separan de la persona, que se separan incluso de la obra en tanto perspectiva de comentario para intentar la descripción de una estética que Borges declararía, en prólogos, artículos, indirectamente en cuentos y en declaraciones.
- d) En menor cantidad todavía, entiendo que hay trabajos que persiguen el establecimiento de su estética implícita o, lo que es lo mismo, buscan estructuras que subyacen a sus textos y cuya dominación implicaría el predominio, a su vez, de conceptos estéticos, algunos concordantes con los declarados, otros en discrepancia.
- e) Por qué no reconocerlo, hay trabajos que se desligan de la obligación de descubrir, reconocer o describir un universo llamado "estético" y prefieren determinar, tratando de lograrlo, estructuras que sostienen los textos, no los conceptos que guiarían el alcance de los textos, y significaciones que no serían las socorridas e inmediatamente visibles.
- f) Existe un grupo de trabajos que deslindan entre el escritor y el hombre, sobre todo el hombre político: mientras rescatan con verdadero entusiasmo o con sobriedad sus méritos de escritor, atacan o bien dejan en la sombra la muy discutible bondad de sus perfiles humanos y políticos.
- g) Como no podía ser de otro modo, hay escritos que no se ocupan de sus méritos de escritor e intentan, por el contrario, demostrar que el contenido ideológico de sus escritos es perverso, acorde con la perversidad que no vacila en exhibir en el plano político.
- h) Correlativamente, no pueden faltar ni faltan trabajos que atacan directamente el significado político de sus declaraciones

y de sus actitudes y adhesiones vinculándolo o no con sus obras.

- i) No necesariamente como contraparte de la crítica que lo critica de una u otra manera, tal vez espontáneamente, hay escritos que describen su filosofía evidente y la glorifican, la encuentran verdadera o bien la hallan nefasta porque se identifica con sus fuentes, es idealista, berkeleyano, etcétera. . .

En todo este esforzado corpus (varios decenios), acaso porque Borges está vivo y no se priva, cuando tiene ganas de desvirtuar lo que laboriosamente se ha dicho sobre él, hay algo de pasional y de contingente, por lo tanto de corregible, como si no se avanzara mucho en la delimitación, no digo el esclarecimiento, del enigma. ¿Es un enigma para críticos? ¿No lo habremos inventado entre todos como enigma? Aun cuando fuera así, esto es ya un hecho, que no se puede eliminar y que no se puede, por el momento, resolver. ¿Cuáles serán sus términos? Me está pareciendo que en lo fundamental el enigma consiste en que un escritor de un país de segunda, que escribe en un idioma no competitivo, haya logrado trascender y convertirse en punto de referencia, en mito, en vaca sagrada a escala mundial, dándonos la vertiginosa ilusión de que es posible para todos, como si, milagrosa, enigmáticamente, hubiera podido derrotar una masa de determinaciones que nos han programado, en América Latina, para otra cosa, localismo, folklore, costumbrismo, vanguardismo a la violeta, autologio, camarillas, burocracias, espectadores del engeñecedor espectáculo de la literatura mundial, no actores.

12) ¿Qué pasaría, me pregunto, si Borges estuviera de nuestro lado? Ensueño diurno, ilusión: es difícil que esté de nuestro lado; no sólo porque circula de acuerdo con parámetros diversos sino por sus características personales que le impedirían ver como buena una causa como la nuestra, a saber una unidad mayor entre palabra y vida, entre literatura y cultura, entre cultura y política; quizás gente como nosotros ni siquiera se acerca a su propia causa pero, en todo caso, la incorpora, así como la dificultad, a sus ansiedades cotidianas; Borges, creo, no podría entender esta vaguedad: por un lado la distribución social no parece ofrecerle conflictos aunque admita que podría ser perfectible; por otro lado, la utopía se ubica para él, invariablemente, en el terreno de lo fantástico, no en el de la toma de partido respecto de lo

actual. Sobre esa diferencia, mal podríamos imaginarnos que estuviera de nuestro lado.

Sin embargo, a pesar de ello, las cosas no están concluidas y algo suyo, lo reconozco, tiene que ver con nosotros: por de pronto está presente en toda nuestra vida adulta; en mi caso, casi treinta años, los mismos que, por otro lado, ocupa Perón en mi vida; ambos me tomaron como espacio, ambos me significaron en mi imposibilidad de vencer lo que proponían y por lo cual entre ellos podían discrepar; digo, por eso, que Borges tiene que ver pero qué tiene que ver. Hay una respuesta: la literatura, el amor a la literatura, la posibilidad de una dedicación rica, de un sacerdocio que resuena en cada uno de los que nos sentimos involucrados por su existencia como una esperanza y una provocación, un desafío, a ver si la palabra, que se construye sobre una separación, del objeto que designa, nos devuelve a la vida.

El, por lo tanto, no tiene problemas conmigo, yo sí con él; es su ventaja, es mi limitación; por eso él no trata de entenderse, por eso trato de entenderlo a él; trabajo inútil mientras viva; después, cuando no pueda replicar, tal vez logremos reducirlo, domarlo y hacerlo entrar en razón y, acaso, podamos descifrar nuestra propia posición, como ocurrió, tal vez, con Perón aunque no del todo todavía.

13) Especialmente en los Estados Unidos pero también en otros países, Francia, España, México, Borges es tema para tesis universitarias; ignoro si su predominio es absoluto en relación con otras figuras de la literatura, sólo sé que su presencia en ese plano es innegable; ignoro, también, si el mismo fenómeno se da en la Argentina: ¿existirá en Argentina una vida académica que permita trabajar académicamente, aun sobre Borges?

Algunos de esos trabajos atraviesan el proceloso mar de la indiferencia y se hacen conocer; no hay que creer que todos, por otra parte, descansan sobre las ventajas que ofrece un autor consagrado que, por añadidura, tiene el atractivo de una exquisita dificultad, ampliamente celebrada; se puede pensar, al contrario, que lo que motiva a muchos de ellos es una fascinación que se puede comprender más allá de la devota tarea de la "investigación en literatura latinoamericana". Insisto: si se trata de fascinación es muy probable que emane del hecho principal de una dicción que, pese a su extremada estructuración, introduce a "otro" plano o, más aún, a una pluralidad de planos que se extienden

ante un lector irresistiblemente; experiencia de cada instante, basta abrir un volumen y detener la vista en cualquier parte, algo se levanta de esas frases que tiene materia, carnalidad y, pese a todo lo que se pueda pensar *a priori*, no hay forma de escapar a un cierto embrujo.

Ahora bien, a pesar de esa experiencia original, dichas tesis se ponen, luego, a hablar de otra cosa, no de ese plano "otro" ni de lo que se "levanta"; se registra una especie de adulteración, porque el punto de partida debería llevar a otro sitio, que afecta tanto a enfoques de izquierda como de derecha; dicha adulteración, que se justifica a sí misma permaneciendo en "lo dicho", renuncia a explicar y no logra, en el caso de los enfoques de izquierda, neutralizar efectos presuntamente perniciosos que se querían combatir. Momento de confusión siguiendo el cual el significativo —que abrió el proceso del interés que nos dignifica desde el momento en que nos permitimos introducirnos en una complejidad sin humillarnos, al contrario, en el pleno ejercicio de una percepción funcionante y viva— se empieza a borrar y deja paso a una actitud de esclavizamiento al significado Equívoco fundamental y decisivo: si el "valor", o sea lo que desencadena, fue percibido mediante una inscripción de un "cómo escribe" a cuya acción le reconocemos tal amplitud como para declarar que es el momento inicial, en lo concreto empieza a manifestarse, en sustitución de un deseable rigor, una atención cada vez mayor al "qué escribe", lo que prueba hasta qué punto todavía no logramos ver lo que nos mueve aunque sentimos que algo nos mueve, hasta qué punto admitimos una dificultad que puede ser la del proceso de producción misma que resulta invariable y fatigosamente tapado por lo producido, al menos en cuanto se dibuja en el horizonte una cierta voluntad de organización de la percepción inicial. En esta reducción —y quizás haga falta mucho tiempo para que una práctica del significante sea no sólo legítima sino instrumental y éticamente posible— el "cómo" pasa a ser la "forma", el "estilo", la "estructura" y, por lo tanto, deviene lo secundario o subordinado cuando en verdad es el objeto mismo a considerar, entronizado desde su materialidad en nuestra propia materialidad.

14) Borges cubre con su presencia el segmento más importante de la literatura argentina. El más importante: porque son sesenta años pero, sobre todo, porque se trata del periodo en el que el

concepto de una literatura moderna, de país moderno, se establece problemáticamente; no es, ciertamente, que esos sesenta años hayan dado las "obras más importantes" ni que constituyan una unidad cronológica similar a la del 80, por ejemplo, y por ello comparable: son varias unidades cronológicas, diversas travesías, infinitos conflictos, realizaciones inesperadas tanto en el dominio literario como en el social; ante todo, el momento en el que, parece, hay que salir del costumbrismo y proponer una palabra más madura, más vinculada al sentimiento de sí que puede tener un país y una ciudad; luego, la irrupción de una posibilidad teórica de vanguardia que se opone, se mezcla y se integra con una idea de politización de la literatura de plural registro, politización por la representación, por la pertenencia, por la asunción de un lenguaje, por la ideología de la escritura, etc.; más tarde, la depresión social y el difundido escepticismo acerca de una literatura nacional, europeísmo, reconcentramiento, refinamiento, mística, desgarramiento realista, etc.; posteriormente, la irrupción peronista, y populista en literatura, reconcentramiento de otro tipo, activo, crisis de poder durante la cual se gesta una literatura que ya puede cuestionar o, al menos, esa "gestión" prevé muchas instancias para la literatura, como que se van previendo muchas instancias para lo que podría llegar a ser el país mismo; ¿existencialismo después? ¿marxismo después?

Se vislumbra la posibilidad de que la literatura sea un sistema de objetos en circulación, no sólo en preparación; quiero decir: si previamente la "vida literaria" era el conflicto de los escritores, entre los escritores, como difundido conflicto de autoafirmación, ahora tal vez exista ya un público al que hay que darle cosas, el público empieza a formar parte del fenómeno; pasada esta euforia, el retorno peronista y la dictadura militar que lo sucede, pero que también lo precedió, establece una modulación más precisa, casi mecánica: el conflicto social predomina y la literatura, de alguna manera, entra en la sombra, no sólo por búsqueda a lo mejor poco fértil de maneras o de salidas sino porque algunos de los caminos que se preparaban son cegados, existe algo que se llama la "represión" y que no podría ignorarse en los efectos de la escritura, aún en la de los que están satisfechos con la represión; la literatura, por otra parte, entra en la sombra porque, como nunca, lo que importa es el poder, la conservación del poder que, constituido mediante expresiones de franqueza brutal, nunca vista (desapariciones, muertes, torturas, prisión), restringe

horizontes, obliga a un repliegue, seguramente momentáneo, de la imaginación.

Pues bien, Borges atraviesa todos estos momentos indemne y de alguna manera expresa algunos; su obra es, en ciertos momentos, el de la década del 20 al 30, el de la década 70 al 80, un objeto que la sociología podría considerar no en el sentido de que "dice lo que pasa" sino en el sentido, más amplio, de que satisface expectativas que se relacionan con la estructura profunda de la marcha de la sociedad; seguramente las satisface por caminos recónditos e indirectos pero las satisface tan concretamente como que, en el período actual es el alfa y el omega de la literatura argentina, todo parece, para quienes tienen una vocación historicista, empezar y terminar en él y, para los que no la tienen, sólo terminar en él; caminos recónditos, ciertamente, porque, en lo aparente, parecería que textos como el Carriego poco tienen que ver con una cultura todavía provinciana o de escasa capacidad para formular sus propias premisas y, para los últimos tiempos, textos como *Elogio de la sombra* parecen tener poco que ver con una cultura que parece haber perdido una capacidad para enfrentarse con sus propias encrucijadas. O tendrán que ver, habría que ver aunque, claro, internarse en esas relaciones implica una responsabilidad previa, a saber determinar la estructura o las necesidades o las pulsiones de la cultura y, homológicamente, por qué la obra de Borges se les correspondería. Terreno movidizo, más apto para resbalones del análisis que para explicaciones sensatas.

No obstante, hay algunos hechos que sí se podrían consignar: el primero, que si bien Borges cubre actualmente el horizonte literario argentino en realidad ha logrado, *se ha logrado*, tapar la literatura argentina de modo tal que él es, aparentemente, lo único que existe y, correlativamente, lo que cubre es una inexistencia que, en lo más vocinglero, se disimula mediante actos tendientes a la glorificación, ampliamente obtenida, de Borges. Esto no quiere decir que no "haya nadie más"; quiere decir, por un lado, que mientras Borges sigue vital casi todos sus competidores languidecen; por el otro, que los nuevos escritores tienen escasas posibilidades de dar curso a su imaginación y de establecer nuevas vinculaciones de sentido, tan atendibles como podía pensarse o verificarse antes de la sistematización represiva; quiere decir, también, que muchos han desaparecido y otros están en el exilio, lo que si por un lado no garantiza una nueva eficacia,

como es notorio, por el otro implica recomienzos, reconsideraciones, distanciamientos y acercamientos.

El segundo hecho es que Borges es vivido y presentado casi como una emanación de la dictadura militar, casi como el "intelectual orgánico" de la dictadura militar, como quien legitima, con el sentido que tiene, el sentido que tiene la dictadura militar. Desde luego, no es una emanación, precede esta situación; tampoco es un servidor de la dictadura, de pronto reencuentra su viejo anarquismo original, el de su padre, y discrepa; tampoco se ha preocupado por proporcionarle a la dictadura un fundamento ideológico o intelectual; tampoco, igualmente, asume un discurso político que podría ayudar a filiarlo como "partidario", "militante" o "sectario" de esa masa ideológica que designamos, para simplificar, como "dictadura". "Es presentado como" y él, muchísimas veces en estos años, ni ha rechazado esta manipulación, ni ha razonado sobre ella, ni ha puesto distancia y, más bien, ha ido puntuando mediante declaraciones, chistes o lo que sea, una suerte de "apoyo" que termina por constituir una legitimación a la cual no podríamos acusar de involuntaria.

15) Insistamos sobre esta cuestión: ¿por qué, si ciertos elementos de su obra permiten pensarlo, Borges, que también lo debe haber pensado, no ha querido todavía poner distancia respecto de la dictadura militar?* No le estoy pidiendo que encabece una oposición con un sentido semejante al que podría parecerme necesario y adecuado a mí; sólo estoy sugiriendo que no se explica que no haya renunciado al "apoyo" que indudablemente le brindó cuando algo de su obra, aunque sea el efecto que produce, podía insinuarle que esa renuncia era posible. A menos, y volvemos en círculo, que nos engañemos y que su obra, por lo que ella es y que nosotros no hemos determinado todavía, establezca un puente con la dictadura o sea una de sus prefiguraciones. No creo demasiado en ello: Borges no es, a pesar de sus opiniones, un Maurras ni un D'Annunzio; por eso nos complica, por eso no se entiende. Habrá, resignadamente, que volver a separar y, dejando la obra al costado, en su totalidad (y en la sombra algunos de sus rasgos, entre paréntesis), admitir que tiene un pensamiento político que

* Vale la pena insistir en que este trabajo ha sido escrito hacia 1980. Y no sólo como reconocimiento a los cambios del propio Borges sino en relación con mi propia manera de ver las cosas, acaso por ciclos cortos.

tomó desde hace años una dirección diferente a la de sus textos tanto en su conformación como en sus efectos.

Podría ser; podría ser que la dictadura de los militares le devolvió el entusiasmo infantil por las "dianas" y los heroísmos o, mejor, que le restituyó un sentimiento de seguridad cuyo monstruo podría haber sido el peronismo; todo eso importa, en la medida en que hay responsabilidades, silencios, complicidades, pero de alguna manera sigue ofreciendo puntos oscuros, a nadie se le ocurre que sea Borges un "cómplice" del aparato represivo y mucho menos un corresponsable de sus terribles resultados; en cambio, es más cierto que la irradiación creciente de su prestigio, en la medida en que no se le opone, ha podido ser utilizada por la dictadura militar.

Desde luego, hay siempre en este tipo de utilización algo de espúreamente transferencial: el gran nombre, si no me discute me avala y, por lo tanto, algo del sentido que tiene —con lo que le ha costado construirlo— pasa a ser mi propio sentido; instalada para hacer "otra cosa" del país mediante métodos y proyectos concebidos en la sombra de los cuarteles o en los despachos de los financistas, de pronto, mediante la "colaboración" o la "pasividad" de hombres como Borges, es como si los métodos y los proyectos tuvieran otro origen, otra raíz y, por lo tanto, una profundidad mayor. En la medida, claro, que un gran escritor es vivido todavía como un concentrador y un condensador de sentidos, más allá de lo que las otras estructuras de la sociedad pueden decir de mí mismo. Operación "validación" de la dictadura es al mismo tiempo una suerte para ella, como lo fue para la dictadura del 30 contar con Lugones aunque, por cierto, la vocación de ayuda de Lugones no tenía ni resquebrajaduras ni humor, ni contradicciones ni reivindicaciones contradictorias. Es una suerte como lo fue para el roquismo contar con la aquiescencia de José Hernández o para el peronismo con la buena voluntad de Leopoldo Marechal: ¿había en la obra de Marechal algo que lo precipitara en brazos del peronismo?* Al menos se admitirá que la cuestión es ardua del mismo modo que se admitirá que la dictadura saca un beneficio y casi ni siquiera ella directamente sino a través de la nube de autoconformismo que una utilización

* En mi olvidable artículo de 1955 sobre *Adán Buenosayres* (Contra 5/6), me parecía que sí; luego, las relaciones entre el idealismo de Marechal y la "doctrina" peronista se me aparecieron más complicadas y, al menos, no sirviéndose recíprocamente.

de esta envergadura suscita. Las dictaduras, los gobiernos fuertes, buscan siempre legitimación a través de los "valores" que caracterizan una sociedad: si Fritz Lang no le hubiera dicho que no a Goebbels el nazismo lo habría capitalizado: ¿qué vio Goebbels en la obra de Lang como para invitarlo a colaborar a pesar de que era judío?

De este modo, la dictadura saca partido de la existencia de Borges; como Borges cubre un área pareciera que la dictadura puede envanecerse de su propia pretensión de cubrir otras; Borges, a su vez saca partido del partido que de él saca la dictadura: se lo ayuda a convertirse en mito, se lo sostiene con una energía nunca vista, conoce, gracias a ello, una especie de coronación que tal vez poco o nada tiene que ver con lo que ocurre —realmente o muy probablemente— en sus textos; lo cual, eso que ocurre en sus textos, debería entenderse en el sentido de un proceso antes que en el de una vocación de consagración.

Tal vez las cosas no pasen de este nivel, tal vez se pueda esperar desarrollos y análisis más amplios que disipen un enfoque como el mío, hecho de idas y vueltas, de vaivenes y de temores a reducir, a mecanizar, a empobrecer.

16) ¿Por qué, nuevamente, eso ha sido posible? Veamos las cosas por otro lado, más semióticamente, recomencemos: lo importante es, como ya —creo— lo dije, el "cómo" y no el "qué" de su escritura; a pesar de esta opinión casi todos, de manera predominante al menos, se quedan en el "qué", acaso porque todavía no es fácil pensar la "producción" y todo induce a valorar el "producto" en el cual la sustancia, su "qué", se sigue imponiendo. Si esto es así, no habrá inconveniente en reconocer que el ámbito del "qué" de Borges se presenta como restringido, lo que también lo hace para algunos fascinante, lo contrario de Balzac por un lado, la energía de una constancia, la fidelidad, finalmente, a un universo que parece tanto más consistente cuanto más reducido, el fantasma ideológico, finalmente, de la especialización, sinónimo, en nuestro mundo, de seriedad; dicho de otro modo, Borges habla siempre de las mismas cosas, de pocas cosas, lo que por otra parte crea la ilusión de "comprenderlo" en esa eliminación de un "cómo" infinitamente más perturbador por cuanto está ligado a la fantasía de "no entender", de ser desbordado.

Parece un hecho ya indiscutible que esas pocas cosas a las que siempre se refiere se valorizan y dan la impresión de multipli-

carse por el "cómo" que, en esta instancia, sería la condición de una variabilidad, es decir de una novedad y una sutilización; pocas cosas pero siempre nuevas, siempre originales, no hay dos tigres iguales aunque casi siempre, en la ficción, todos los tigres son el mismo tigre, todos los poetas Homero. Empiezo a creer que esa relación entre un "qué" predominante en la incapacidad de los otros y un "cómo" que alimenta, al no ser percibido en su acción fundamental, la fantasía que proporciona el "qué", sostiene un tipo de lectura de "interpretación" muy inmediata, de "simbolismo" que necesita de traducciones; es fácil, en consecuencia, que nuestras interpretaciones, como es natural, impongan algo así como nuestros "contenidos", que cada frase sea vivida —sostenida por la compulsión cultural que nos "obliga" a atribuir toda significancia, real o posible, a cada frase de Borges— como eminentemente significativa para cada cual; Borges vendría a cumplir, de este modo, una función de depósito de lo que ponemos en él, supone —y por eso nos obligamos a darle entrada en nosotros— una fantástica confirmación del pedacito nuestro que hemos puesto en él o estamos poniendo en él. Lo extraordinario es que no haya casi rebeldía; es más, parece generalizarse que todos exaltamos a Borges de buen grado precisamente porque no podemos abandonarnos a nosotros mismos, no podemos renunciar a lo que somos en él.

¿Será esta mecánica inherente tan sólo a Borges? ¿No será éste un principio de interpretación de un fenómeno más vasto? Sea como fuere, desde esta carga de múltiples pedazos nuestros, brota la figura "importante", "invencible", "invicta", como gustaría decir él mismo; y si esta figura, en la que ponemos todo, no se retira de un "apoyo" político surge un movimiento de decepción en algunos, de traición incluso, como que la parte nuestra que lo constituye queda entregada al enemigo que clausura y atenta contra todo lo demás que nos constituye; para otros, claro, mediante el mismo mecanismo se produce una confirmación satisfactoria: un pedacito identificado, rellenante, de Borges, restituye una totalidad dictatorial. Por esta razón, tal vez, todavía izquierdas y derechas se pueden disputar a su respecto. Lo que daría una idea, al menos, de lo que significa, de lo que conmueve y de lo que compromete.